

Próximo Sexenio

Hacer las Cosas Bien

POR LORENZO MEYER

Lo que voy a relatar aquí es sólo un ejemplo entre muchos y, en sí mismo no es el más importante aunque sí típico. El populoso y multicitadista barrio de San Nicolás Totolapan, al sur de la ciudad de México, se comunica a través de una pequeña, transitada y descuidada calle, llamada Del Canal, con el más próspero y menos densamente poblado de Fuentes del Pedregal. A mediados del año pasado los encargados de las obras hidráulicas del DDF abrieron ahí una zanja para tender una tubería. Pese a las molestias que ocasionó, la obra se hizo con gran calma —“a conciencia”, me dijo socarronamente un amigo—, y pasaron varios meses antes de que finalmente se colocara el tubo, se tapara la zanja y se repavimentara la calle. Los usuarios de esa vía de comunicación suspiramos aliviados, pero el gusto nos duró poco; por razones que ignoro se volvió a abrir la calle en sus dos extremos; pasado un tiempo, se tapó nuevamente.

★

HOY día está otra vez levantado el pavimento, justo en los mismos dos extremos de la vez anterior y nadie está trabajando en ellos. ¿Se estarán oreando? ¿Qué pasa? El amigo al que hice referencia me volvió a comentar: “Es que los del DDF son unos perfeccionistas, y al surgir el menor problema, lo vuelven a hacer todo de nuevo”. Bueno, esta es una explicación tan buena como cualquiera, y como los problemas parecen no acabarse, me temo que las zanjas en cuestión serán parte del paisaje hasta el fin del sexenio. En fin, la anécdota que acabo de relatar no es más que uno de los múltiples síntomas de un mal viejo de

nuestras administraciones y que nadie ha podido curar: la percepción generalizada de que una buena parte de nuestra vida está dominada por los excesos de una burocracia ineficiente y, con frecuencia, corrupta.

Esta percepción, justa o no, se apoya en ejemplos más importantes. El proyecto nucleoelectrico de La-

guna Verde en Veracruz es uno de ellos. La decisión de iniciar la construcción de esta monumental obra se decidió en 1972 y se dijo que la primera unidad sería puesta en marcha en 1977; en realidad las operaciones se van a iniciar ahora, con diez años de retraso y con una técnica que sus críticos dicen que ya es obsoleta y, sobre todo, peligrosa; su costo ha resultado ser, cuando menos, veinte veces superior al que se fijó originalmente. El enorme gasoducto que se tendió en el sexenio pasado entre los campos productores de Tabasco (Cactus) y la frontera norte (Reynosa), costó un par de miles de millones de dólares y hoy funciona a menos de la mitad de su capacidad; el gran mercado externo al que iba a servir nunca se materializó. El llamado Tren Ligeo Mexicano se inauguró con bombo y platillo el 1° de agosto del año pasado en el DF, con un costo, según se dice, de seis mil millones de pesos, y al día siguiente ya estaba en los talleres de reparación.

★

ESTA también el caso de los ingenios azucareros, su adquisición por parte del gobierno en los años setenta coincidió con un cambio: México dejó de ser exportador de azúcar y se hizo importador. Pemex es un abanico de problemas de eficiencia y manejo de recursos: nóminas muy grandes, compras de material y equipo que nunca se usaron, contaminación y destrucción de la ecología, corrupción, etcétera.

Aquellos que van a dirigir a México a partir del 1° de diciembre de 1988 no van a disponer de la relativa holgura de recursos con que contaron los gobiernos de la posrevolución desde la Segunda Guerra Mundial a 1982. En cambio van a enfrentar a una opinión pública que exige cada vez más mayor eficiencia administrativa y empresarial del Estado. Un aumento de esta eficiencia y un aumento que se vea, tiene que ser uno de los puntos centrales del nuevo presidente y de su equipo, de lo contrario la irritación de la sociedad con sus gobernantes va a aumentar y en proporciones geométricas.

Hacer que la enorme burocracia federal mexicana sea —o al menos parezca— una buena administradora

Próximo Sexenio.- Hacer las Cosas Bien

Sigue de la página siete

de los dineros públicos se dice fácil, pero en realidad es una tarea casi cercana a lo imposible, de esas que quizá sólo Hércules podría llevar a buen fin. Y sin embargo, el nuevo presidente está obligado a intentarlo y de manera muy seria. Las viejas deficiencias del sistema, aunadas a los problemas que ha traído consigo la crisis, hacen que el tradicional nivel de tolerancia de la sociedad mexicana ante la ineficiencia y corrupción de los fun-

cionarios haya disminuido mucho. Las clases bajas han visto desaparecer muchos de los subsidios, las clases medias ven subir los impuestos y ambas se ven afectadas por la disminución en el ritmo de creci-

miento. Su irritación frente al gobierno es comprensible; un aumento en los niveles de eficiencia del gasto y los servicios públicos es urgente, inaplazable. Así pues, es el ferviente deseo de un buen número

de mexicanos que en 1988 quede al frente del gobierno alguien mejor que Hércules, pues el establo que va a tener que limpiar y poner en orden está peor que los famosos establos de Augias.